

sos idiomas antiguos y modernos, y nos ayudan á hacer conjeturas. De aquí á algunos siglos, los caracteres rusos con que estos escriben las palabras inglesas, indicarán á los pósteros cómo se pronunciaban en N. York ciertas palabras, que tal vez habrán cambiado totalmente.

También en Inglaterra se está agitando la cuestión de la pronunciación del latín; y la conclusión final en todas esas controversias periódicas, viene á ser el principio que yo hace tiempo profeso: que cada cual pronuncie como quiera.

S. S. S. Q. S. M. B.

† *Y. Opo. de S. L. Potosí.*

Chihuahua, Marzo 1º de 1906.

R. P. Fr. Onofre A. Martínez.

Querétaro.

Estimado señor mío, de mi mayor atención:

Me han favorecido sus dos muy estimables cartas, la última con fecha 1º de Enero, en las cuales se sirve V. R. pedir mi opinión sobre la cuestión filológico-histórica de la *u* precedida de *q* en el latín. Dada la deferencia de Ud. que me invita para significarle mi parecer, me permito manifestarle al efecto, que, aun cuando ha sido de uso corriente en nuestra República omitir el sonido de la *u* precedida de *q* en el latín, sin embargo, como hoy por hoy han adelantado muchísimo los estudios filológicos, estos nos han venido á poner de manifiesto que muchos y muy graves Autores son del todo contrarios á dicho uso; por lo que creo que existen superiores razones para pronunciar la *u*, y por tanto que debe aconsejarse su uso.

Cuestión es esta que se presta para estudios muy concienzudos y detenidos; mas V. R. ha solicitado de mí solamente mi particular opinión, y en obsequio de tales deseos, es por lo que me he permitido externarla.

Esta ocasión me proporciona la muy satisfactoria, para ofrecerme á sus estimables órdenes, suscribiéndome de V. R. afmo. Capp. y muy atto. S. S.

† *Nicolás.*

Obpo. de Chih.

Carta abierta á mi estimado Sr. Canónigo D. Vicente de P. Andrade.

Ha venido introduciéndose en algunos seminarios de nuestra nación, próximamente de quince años á la fecha, el pronunciar siempre la *u* después de la *q* en el idioma latino; apartándose con este procedimiento de la costumbre legítimamente establecida por los gramáticos y la enseñanza razonada de nuestros mayores.

Respecto de lo que enseñan los gramáticos, me bastará citar lo que sobre el particular nos dice D. Marcos Márquez de Medina en su "Arte Explicado," parte tercera, párrafo cuarto: "Que después de *q* siempre se sigue *u* y siempre es líquida. Hacerse líquida es perder la fuerza de vocal en orden á la cantidad, porque no la tiene, aunque el sonido algunas veces le conserva."

Luego si algunas veces le conserva, se sigue que no le conserva siempre; y nuestros instructores, dilucidando el caso, nos enseñaron que siempre se pronuncia antes de la *a* y de la *o*, lo mismo que antes de la *oe* diptongo, pero nunca antes de la *e* y de la *i*, con excepción del acusativo "quem" y sus compuestos. Esta regla lleva dos miras: una atañe á la fácil pronunciación, y otra á la suave impresión que causa en el oído. Lo que cualquiera podrá observar en las palabras "quibus," "quorumcumque," "quibuscumque," "unorumquorumque," "unumquemque," etc. etc.

Se objetará que personas muy doctas la hacen sonar en todas las palabras que la tienen, siguiendo el uso de los romanos. Pero nótese que de estas personas algunas han recibido su educación en Roma, donde han adquirido aquel hábito; y las que no han salido de la patria hacen otro tanto por imitación, fundadas en el prestigio de las que así italianizan dichos vocablos latinos. Pero nada más por imitación. A continuación viene el vulgo, si de esta suerte es permitido expresarme, y hace lo mismísimo por aquello del "Magister dixit."

En efecto, los romanos, hablando latín, jamás dejan de pronunciar la *u* después de la *q*; obedeciendo esto á que sujetan la pronunciación de aquel idioma al suyo, en el que, como es sabido, siempre suena aquella letra después de la *q*.

A ejemplo de la mencionada *u*, vienen la *c*, la *h*, la *gn*, la *g*, etc., que les hacen dar igual sonido en latín que en italiano. Y así tenemos que en lugar de "benedícite," "mihi," "regnum," y "regina," pronuncian "benedichite," "miki," "reñum" y "rechina," esta última con un sonido muy aproximado al de la *ch* francesa.

Y si sería para nosotros una novedad peregrina, y aun ridícula, el dar á dichas palabras el giro italiano, no lo es menos la innovación relativa á la líquida en cuestión, que hace áspero el sonido respecto de nosotros, causando en el ánimo un efecto verdaderamente desagradable.

¿No será bien dejar que los extranjeros hablen á su modo el idioma de Lacio, y, sin que nos preocupemos por ello, seguir empleando el dialecto que nos legaron nuestros ilustrados maestros? ¿O dejaremos á los que pronuncian, según reglas, la tantas veces repe-

tida *u* después de *q*, para seguir á los innovadores?
¿Qué razón de peso tendrán éstos?

De Ud., como siempre, atto. S. S. y Capellán Q.
B. S. M.

F. O. A. Martínez.

Querétaro, Agosto 12 de 1905.

Carta abierta al M. R. P. Fr. Onofre A. Martínez,
O. A.

México, Agosto 17 de 1905.

Respetable Padre y compañero:

Llámame mucho la atención que V. R. se sirva preguntarme qué razón hay para que en el idioma latino deba liquidarse ó no la *u* después de la *q* porque en este asunto no soy yo quién deba decidir.

Estoy en plena conformidad con las razones que V. R. aduce, sólo me permitirá en su apoyo estas reflexiones:

El latín, como idioma muerto y tan antiguo, ni los italianos, ni los alemanes, ni los franceses pueden jactarse de pronunciarlo como debe ser.

Los españoles, de quienes lo aprendimos, lo adaptaron á su pronunciación y como no dicen Cuijote ni cuerella, etc., sino kijote (Quijote), kuerella (querella), así pronuncian "qui" (ki), "quicumque," (kicumke), etc.

Iriarte, autor español, en el que aprendí, dice: "La *u* después de la *q* y *g* se liquida, pero no en la pronunciación de algunas voces, v. g. "aliquis" y "que," que proferimos como si fuera alikis y ke, escritos con k."

Antiguamente todos aprendían por Nebrija, autor español, quien da esta regla:

"U sequitur post q semper, semperque liquescit."

Se liquida, es decir, según el Diccionario, "Perder las letras vocales su sonido ó pronunciación, como en guerra, queja, en donde no se pronuncia la *u*."

Ve V. R. que nosotros y nuestros antepasados, hemos aprendido en autores y con maestros españoles, por eso pronunciamos como ellos el latín, y mi humilde opinión es que debemos conservar como descendientes y discípulos suyos, las enseñanzas que de ellos hemos recibido. "Moriatur in simplicitate nostra." (I Mac. II, 37.)

En mi juventud me extasiaba al oír al muy docto Illmo. Sr. Munguía al leer el latín, con tanta claridad y puntuación; liquidaba la *u* después de la *q*; y ahora en mi vejez, mi Prelado el Illmo. Sr. Alarcón, maestro versadísimo en el idioma de Cicerón, felizmente no ha entrado en la moda, cisma, divergencia ó como se quiera llamar, de cambiar la pronunciación del latín, ni á la italiana, ni á la francesa, sino como aprendió este idioma con el sabio gramático é inolvidable Presbítero D. Nicolás García de San Vicente.

No ignoro los estudios modernos que los alemanes han hecho sobre este punto, y sostienen que primitivamente no se liquidaba la *u* después de la *q*, pues á esa vocal no sólo en esta circunstancia la pronunciaban, sino que afirman que debe decirse "uiuere" y no "vivere," etc.

Si V. R. y yo tuviéramos jurisdicción, mandaríamos que la juventud en los Seminarios continuase pronunciando el latín como lo aprendimos, así no habría esas inconvenientes diferencias que lamentamos; pero no estando en nuestra mano esto, veremos poco á poco que desaparece en todo nuestro carácter de descendientes de la nación á quien debemos la Fe, las costumbres y la civilización, por asimilarnos á los italianos y yanquis, etc.

Pronto, D. m., tendrá el gusto de visitarle su afmo. a. c. y s. q. b. s. m.

V. de P. Andrade.

* * *

Después de escrito lo anterior, he leído en la "Gaceta Eclesiástica Mexicana," número 6, tomo I, del 15 de Agosto de 1897, una consulta que le fué dirigida al docto Sr. Paredes, que entónces dignamente la dirigía, consulta análoga á la que V. R. se sirve hacerme. Allí dice: "En los idiomas la regla suprema es el uso; nos parece que cuantos hablamos español y en tierra donde se hable esta hermosa lengua, la *u* después de la *q* debe sonar cuando le siguen la *a*, la *e*, ó la *o*, y debe ser muda cuando la siga la *i*. Mas como no hay regla sin excepción, el mismo uso que hace sonar la *u* en *quem*, la elimina en *que*, que no decimos *cuicum-cue*, sino *kicumke*; pero esta excepción sólo tiene lugar en el *que* final."

Cuando estemos en Francia, Italia, etc., para no llamar la atención de los fieles, digamos la Santa Misa usando la pronunciación de los franceses é italianos. Así lo hice.

Si los sacerdotes extranjeros no se conforman aquí á nuestra pronunciación latina, luego los fieles conocer su patria; pero que un sacerdote mexicano quiera pronunciar á la francesa, inglesa ó italiana, se pone en ridículo.

Yo fuí de éstos cuando volví de Europa; pero agradezco la corrección que se me hizo y desde entónces me conformé con el resto de mis compañeros, según me enseñaron: *neque in bonis neque in malis esto singularis*. Léjos de mí querer pretender que poco á poco se cambie la pronunciación del latín que en más de tres centurias se ha usado en nuestro país.

Si tal cosa pretendiera, con justicia se me calificaría de arrogante y me asimilaría á nuestros liberales

que poco á poco intentan arrancar de los mexicanos las creencias y aun las costumbres que nos legaron nuestros antepasados. (*)

(*) Esta carta, la anterior y las que le siguen, fueron publicadas en "El Tiempo," diario católico de nuestra capital, con excepción de la penúltima que apareció en el Boletín Oficial del Obispado de Cuernavaca, y de la última que probablemente vió la luz en el expresado Boletín. Confieso que todo mi trabajo es muy deficiente, y principalmente mi primera carta abierta que forjé sin la debida premeditación: pues yo no esperaba que provocara discusión, y por lo desprevenido cité el *quem* y sus compuestos como único ejemplo, francamente por haber sido el primero que me ocurrió, sin haber hecho un estudio formal como después lo hice, aunque no pleno. Y en realidad lo que me propuse con mi primera susodicha, fué hacer un llamamiento para contener el avance de los que, apoyados en estudiadas pamemas, pretenden hacer prevalecer la pronunciación constante de la *u post q* en el latín.—O. M.

Carta abierta al Sr. Canónigo D. Vicente de P. Andrade y Pau.

Vieja y asáz trillada pareceme, Señor Canónigo, la cuestión propuesta por el señor Presbítero F. O. A. Martínez, (1) de la ciudad de Querétaro, acerca de la pronunciación de la *u* después de la *q* en la lengua latina.

No fué poca mi curiosidad al principiar la lectura de la carta abierta que á S. S. dirige el señor Pbro. Martínez por halagarme la idea de hallar en ella algo nuevo en tan debatida cuestión. Pero ¡cuánta fué mi desilusión y cuánta más mi impaciencia al no ver razón alguna de peso en pro de la tesis defendida!

Es indudable que al pronunciar la *u* después de la *q* nos apartamos de una inveterada costumbre, rompemos con la tradición de más de tres centurias y menospreciamos las enseñanzas razonadas (?) de mil maestros, que más serán, los que han enseñado en la República la lengua de Lacio. Y no hay más que decir, Señor Canónigo, en este asunto: convengamos en reconocer en esas razones el único baluarte que resta á los sostenedores de esa teoría.

Harto puede el amor propio cuando se trata de arrancar de raíz ciertos hábitos. Tal nos sucede á menudo con mil otras corruptelas que, por estar en quieta y pacífica posesión de ellas, nos duele en el alma verlas morir, para que aparezcan en su lugar otras, que quizá las juzgamos "exóticas modernas" y aun las

(1) "El Tiempo," número 7,450 del 17 de Agosto de 1905.

miramos con enfado. ¿No ha sucedido cosa muy parecida con la abolición de las palias y el viso, con la prescripción del conopeo, y aun recientemente con la prohibición del piano y las reformas de la música religiosa? Para cuantos nacieron en "épocas mejores," para los que contamos medio siglo de vida y hoy vemos desaparecer todo un pasado de gloriosos y gratísimos recuerdos, podemos exclamar con un novelista moderno:

"¡Dichosísimo tiempo aquel en que nuestra tierra seguía en quieta y pacífica posesión de todas las telarañas, de todo el polvo, de toda la polilla, de todos los respetos, de todas las creencias.... de todos los usos y de todos los abusos santificados por los siglos!"

"Tempora mutantur et nos mutamur cum illis;" sí, muy verdadero es esto, señor Canónigo, van rodando á gran prisa los años, trayéndonos siempre cosas nuevas y acabando con lo antiguo.

Pero vamos al asunto. Bien sé que al comparar nuestra pronunciación españolizada del latín con otra cualquiera, el gusto melindroso y poco versado las tachará de bárbaras y mal sonantes; y no de otra suerte dirán de la nuestra quienes no estén avezados á otra pronunciación del latín que la del idioma vernáculo que hablan. ¿Acaso no se atribuirá esto á un efecto del hábito que á veces nos sirve de criterio para juzgar de la belleza y gracia de las cosas? ¿Qué de veces no soportamos nada nuevo en usos y costumbres tan sólo por no haber adoptado nunca, pero sí la novedad de siempre, ó por su utilidad ó por su belleza, somos más tarde sus más felices defensores? (1)

Esta cuestión de la pronunciación de la *u* después

(1) Eso de no soportar nada nuevo y sí la novedad, no se entiende. Probablemente hay aquí un error del cajista. — O. M.

de la *q* la han tratado magistralmente preceptistas y hablistas de nota, como son los grandes gramáticos Caro y Cuevas en su Gramática latina; en muy reciente fecha se escribieron "monografías" muy eruditas por tres ó más autores en la revista latina "Vox Urbis," (véase el número 2 del II año de esa revista, donde escribieron A. Sordet, F. Ramorins Rovitti, sobre la recta pronunciación latina) y en la tan conocida Gramática del señor Canónigo Martínez, de Morelia, muy extensamente se ocupa de la misma cuestión. Allí podrá leer el señor Pbro. Martínez, de Querétaro, las razones de peso que hay para pronunciar la *u* después de la *q*. Yo tan sólo consignaré aquí una ú otra de las más obvias.

"La *u* que acompaña á la *q* se considera como líquida, esto es, como que su valor prosódico se pierde, (1) pero no su pronunciación, cosa que también sucede con la *u* después de la *s* y *g*, como en "suavis" y "lingua;" con la *l* y con la *r*, como "patris," "assecla," voces que á nadie se le ocurriría pronunciar "savis," "linga," "patis," "asseca," haciendo mudas las letras líquidas."

"En favor de la pronunciación de la *u* después de la *q*, está también el modo como los griegos representaban (2) en su lengua los vocablos latinos en que ocurre esa combinación: "Quintus" se decía: "Kovivros" (Polibio) (Plutarco); "Quiritis" se decía:

(1) "Como que su valor prosódico se pierde," es decir, que no se pierde del todo, y los gramáticos están unánimes en afirmar que se pierde por completo: "pero no su pronunciación," lo que es indiscutible porque la liquidación fonética no es una consecuencia de la prosódica, y los Sres. Caro y Cuevas, conjeturando que nosotros deducimos aquella de esta, ocurrieron al simil, como era lo más natural, para dar fuerza mayor á su afirmación con los vocablos *suavis* y *lingua*, *patris* y *assecla*. Mas ya lo hemos dicho, y lo repetiremos por última vez, que nuestra liquidación fonética está basada en la analogía y eufonía.—O. M.

(2) La refutación de esta apreciación ya la previne en mi preliminar, para excusarme de repetirla.—O.

"Kovpirxai" y más comunmente "Kovpirai;" "inquinus" se decía: "syxovikivos."

"El célebre gramático Velio Longo dice: se disputó sobre la letra *q* y algunos intentaron suprimirla; no es otra cosa sino *c* y *u* (1) y no menos se puede escribir "quis," "quoe," "quod," suprimiendo la *u* ("qis," "qoe," "qid,") porque en la *q* están incluidas la *c* y la *u*."

Finalmente, no es de menospreciarse la manera de pronunciar la *u* después de la *q* por las más cultas naciones europeas, pues cuantos hablan el latín en ellas, están de acuerdo en pronunciar la *u* después de la *q* (2) Si en algunas provincias de España y América prevalece el uso contrario, deberá llamarse abuso, porque la perfección de un idioma muerto deberá consistir en que se acerquen en un todo al uso de quienes lo hablaron en la antigüedad.

Concluyo con las palabras de los arriba mencionados señores Caro y Cuervo diciendo: que "los que omiten el sonido de la *u* después de la *q*, tras no tener sobre qué fundarse, se encuentran perplejos en muchos casos, y á menudo faltan á su regla; por ejemplo, hacen sonar dicha letra en las palabras siguientes: *quo*, *quorum*, *quotus*, *quoque*, *sequentia*, etc."

(1) Querría decir que la *q* se llama *cu*, como la *k* se llama *ka*; la *c*, *ce*; la *g*, *ge*; etc. Entre *cu*, *ka*, *ge*, y *c*, *k*, *g*, hay la misma diferencia que entre las palabras y sus elementos mediatos. Parece verdad de Pero Grullo, pero hasta allá ha sido necesario llegar. Por lo demás, el citado autor dice que "no menos se puede escribir" ~~se~~ habla de escribir, no de pronunciar; y de que en lo antiguo se hayan abreviado ciertas palabras, como las citadas *qis*, *qoe*, *qid*, en vez de *quis*, *quoe*, *quid*, no se deduce que la supresión de la *u* arguya pronunciación constante; á lo sumo economía de tiempo, dejándose á discreción la pronunciación ó no pronunciación, según los casos.—O.

(2) Esto no es exacto. Los franceses, por ejemplo, unánimemente dicen *elokans*, *elokansia*, al pronunciar respectivamente *eloquens* y *eloquentia*. No cito más ejemplos por no ser difuso, pero cuantas personas hayan viajado por la Europa, darán testimonio de lo que afirmo. Ni se puede decir

Aun hay materia para una prolija disertación sobre esta cuestión, pero ya no es posible proseguir en mi tarea por falta de tiempo.

Soy de Ud., señor Canónigo, atto. y S. S.
Un párroco del Arzobispado de México.

que el latín clásico de que usa la Iglesia, es idioma muerto. Lo será el latín vulgar, pero de ese no se trata aquí. De donde se desprende la importancia que se le puede dar al penúltimo desahogo de la presente carta.

—O. M.